

ESPAÑA: PROYECTO INACABADO Y SUGESTIVO (La forja de una nación)

José L. Rozalén Medina
Instituto Giner de los Ríos (Madrid)

Resumen: Son éstas unas reflexiones escritas con la mente y el corazón, con la inteligencia y el sentimiento, sobre el ser y la entraña de nuestro pueblo, sobre la razón y la conciencia de nuestra nación. Han surgido estas ideas a impulsos racionales y apasionados, a ráfagas creadoras e imaginativas, al hilo de las palabras pronunciadas por los grandes españoles que “pensaron España”. En todas ellas late el mismo sentido, la misma música, idéntica intención: comprender y hacer comprender que, a pesar de todo, a pesar de la pobreza intelectual, ética y estética que, tristemente, nos pueda rodear en muchos momentos, nuestro pueblo conserva su núcleo central sano y generoso, emprendedor y esperanzado, y que el latido de este viejo país aún puede alentar nuevas aventuras de solidaridad y hermanamiento, nuevas empresas de genio y de coraje moral, nuevas metas de racionalidad y de progreso humanizador.

EN BUSCA DE LO QUE SOMOS

“–¿Qué quiere usted?–, me dijo encogiéndose de hombros –éste es un país imposible, de niños gastados, y donde *la gente se muere de sueño*–. Al oírle le miré a los ojos y sentí escozor en el meollo del espinazo. ¡Morirse de sueño!, pensé, no de hambre, ni de sed, ni de asco, ni de dolor, ni de aburrimiento, ni de cansancio, sino *de sueño, y sueño de dormir*, ¡no de sueño de soñar! Que la vida, y con ella la muerte, sea sueño, pase, ¡pero que sea dormida!, ¡morir de sueño!”, se lamenta dolido e incrédulo don Miguel de Unamuno.

Efectivamente, es triste morir de sueño, de hastío, de desgana. Nosotros, los españoles del siglo XXI, tampoco estamos dispuestos a admitir, acompa-

ñando a Unamuno en su quijotesco ensueño, que España se nos muera de sueño, de incultura, de modorra, de falta de vigor espiritual. Don Quijote, nuestro símbolo nacional, dirá el pensador vasco, “más que un héroe de voluntad, es un héroe de ensueño de ella, de *ensueño de voluntad*”. Pues eso hemos de buscar todos los españoles sin pérdida de tiempo: *un sueño de ser, de avanzar, de mejorar, de crear*, no un sueño de incuria, ni de sangre, ni de enfrentamientos, ni de muerte, ni de aniquilación.

Cuando hablamos aquí de *España* lo hacemos *como de una parte fundamental de Europa, como uno de sus principales nervios vertebradores*, sin renunciar, naturalmente, a nuestra especial idiosincrasia, a nuestra geografía, a nuestra historia, a nuestras lenguas, a nuestros ritos, mitos y talentos, que tan perfectamente nos identifican y definen. A nosotros, en esta visión de “lo que somos”, todo nos interesa: hombres y mujeres, arte y creencias, fiestas y hablas, paisajes y paisanajes... *Todo lo que constituye las entrañas de “lo español”*.

Nos identificamos plenamente con las sabias palabras de Manuel Alvar cuando nos dice: “odio la charanga patrioterica y me hastían las bullangas enaltecedoras. Me siento a gusto, en cambio, con gentes auténticas que aman y sufren; con paisajes desolados o ciudades amables: allí hay hombres que pueblan el mundo *con sus ensueños* y dan sentido a lo que yo creo que es mi historia...”. Y nos rebelamos interiormente contra el verso de Antonio Machado cuando escribe con certera y fatal precisión:

“Veréis llanuras bélicas y páramos de asceta
—no fue por estos campos el bíblico jardín—
son tierras para el águila, un trozo de planeta
por donde cruza errante la sombra de Caín”

Nos gustan mucho más, en cambio, aquellos versos que el poeta escribiera a la orilla del Duero:

“¡Chopos del camino blanco, álamos de la ribera,
espuma de la montaña
ante la luz lejanía,
sol del día, claro día!
¡Hermosa tierra de España!”

Tampoco queremos aceptar como algo irremediable e inevitable la desolada descripción que de nuestro espíritu enteco y apagado hace Ramiro de Maeztu en su obra *Hacia otra España*: “en nuestra España despoblada, atrassada e ignorante; en nuestra nación envilecida por el sistema de la recomendación y del compadrazgo, que ha disuelto las más justas ambiciones y anulado los estímulos más nobles así en la política como en las ciencias y en las artes, así en el comercio como en la producción industrial y agrícola, *¿cómo ha de brotar espontáneamente gente nueva, capaz de llevar a feliz término la obra magna de nuestra regeneración?*”

¡Qué bien nos suenan, sin embargo, por la esperanza y la luz que encierran, los sentidos versos del Rey Sabio!:

“Aragón e Navarra, buena tierra poblada,
León e Portugal, Castilla la preciada,
non sería en el mundo tal provincia fallada”

Y es que nos preocupa hondamente el destino de esa mano tendida al mar poniente, que es España, “con sus cinco dedos líquidos, sus grandes ríos, que la recorren”. Aquella España que, en bellas palabras unamunianas, “es mano y lengua, lengua de tierra en el extremo occidental de Eurasia, en vecindad de África; mano que cogió a América, y lengua que le habló su lengua...”

Pelemos sin descanso, parafraseando al rector salmantino en *El porvenir de España y los españoles*, por descubrir en “lo español” al “hombre universal y eterno”; por encontrar en “lo castizo”, “lo más casto”, lo más puro, lo más prístino, lo más genuino que cada ser humano posee, y eso es sencillamente *ser persona*, formar parte de la raza humana, universal, racional y libre. *Lo universal, lo europeo, lo español, lo autonómico no se excluyen, sino que, muy al contrario, se exigen, se complementan.*

Estamos convencidos de que hoy es mucho más fácil, más cómodo, más provocador, menos comprometido y exigente, declararse españolista que español, ser fanático de unos símbolos y de unas actitudes, que trabajar dentro de uno mismo para ser mejor y para hacer mejor a tu país; seguramente es más fácil y cómodo ser violento e irracional que esforzarse con los demás, y para los demás, en la *conquista diaria de una españolidad plena y fecunda, integradora y tolerante, múltiple y solidaria, nacional y cosmopolita*, contribuyendo así a forjar una verdadera patria abierta al mundo entero. Porque *aquí cabemos todos*. Tiene “muchas caras esta gran Hispania”, pero todas deben estar hermanadas, enlazadas, sin imposiciones ni desprecios, conformando así, en el frontón de la historia, un deslumbrante friso de pasado y de proyecto, de historia y de futuro, en el que esté representado con total nitidez el verdadero rostro de esta antigua y espléndida nación.

Como escribe certeramente F. Savater (*El País*, 23-11-97): “la emoción que uno siente por la tierra, el escenario de la infancia, el rincón insustituible en el que se nos manifiesta la vida... nada tiene que ver con las contiendas políticas, ni con el orgullo patriótico. Lo malo del nacionalismo (una de las cosas malas, porque tiene muchas) es que convierte la entrañable y melancólica afición a la tierra natal en coartada de un proyecto institucional que no sabe justificarse de otro modo, y acaba, muchas veces, en incompreensión, fanatismo, odio al otro, dolor y muerte”.

Creemos sinceramente que no tenemos que envidiar nada a nadie, ni a Europa, ni al resto de las naciones del mundo. Nos lo recuerda acertadamente Azorín: “Europa éramos nosotros y no los demás pueblos; o por lo menos lo éramos tanto nosotros –y lo seguiremos siendo– como las demás naciones...”

Nuestro ideal era tan elevado como el ideal de los demás países europeos. Es falso que Descartes sea superior a Santa Teresa, y Kant a San Juan de la Cruz”.

Esta pertenencia a Europa de pleno derecho la recalca el catedrático de la Universidad de Burdeos, Joseph Pérez, en su sugestiva *Historia de España*: “hay que admitir de una vez por todas que España es un país normal, con rasgos específicos, pero que en su desarrollo histórico no se aparta de la línea general que han seguido las demás naciones europeas. *España es un país con formas de vida homologables con las de otros países europeos, al menos desde finales de la Edad Media*”.

Una idea profundamente orteguiana es la de que ningún otro país como España estableció *un nexo tan profundo entre su proyecto de refundación nacional y su integración en Europa*. Hemos de recordar que *el nervio vertebrador de los españoles y los europeos es una cultura, un ideal de vida, un estilo, lejos por igual de un tradicionalismo montaraz, regresivo, “casposo”, y de una utopía hiper-progresista, apriórica, fría, racionalista-absoluta*, por donde no fluya la vida ni la circunstancia; una cultura que esté lejos por igual de un *patriotismo cerrado y alicorto*, y de un *cosmopolitismo descafeinado y estéril*. Hay que saber *integrar* racionalidad y sentimiento, mente y corazón, sensibilidad y sentimiento, conocimiento y ética: metas “ultramodernas” e irrenunciables del vuelo creativo de *la inteligencia emocional*, impulsora y coordinadora de todas las dimensiones y posibilidades integrales del hombre y la mujer de nuestros tiempos. Si no es así, volveríamos al “hombre demediado”, al ser humano incompleto, roto, desestructurado; volveríamos a la oscuridad ciega y visceral de la caverna platónica, para vivir allí como esclavos encadenados y sin esperanza.

Si Europa puede ser el proyecto de España, es porque *España es constitutivamente europea*, tal vez más que el resto de las naciones, ya que lo es *porque optó por serlo y persistió en esa decisión*. “Nos hemos encontrado”, escribe acertadamente Julián Marías en el “Prólogo” a su *La España real*, “con que el pueblo español estaba vivo, activo, en disponibilidad: ni enfermo, ni envilecido, ni lleno de odio. Aquí ha sido posible la democracia porque no ha faltado la levadura, o, si se prefiere otra imagen, la sal de la tierra, que ha evitado la corrupción. *Y esta sal histórica es una combinación de verdad y libertad*”.

España es, por lo tanto, (¡fuera los complejos irracionales!) *autora de una imprescindible contribución a la cultura universal*, aunque haya tenido que pasar muchas veces por distintas etapas, y haya aparecido su histórica sustancia como “sed, conflicto, posibilidad y, finalmente, *realidad completa*”, en palabras de Laín Entralgo. Y esta contradicción, esta lucha dialéctica ha sido siempre así a lo largo de nuestra historia: desde la carencia, el vacío y la dureza, desde la oscuridad y la duda, desde la cerrazón y la intransigencia, desde la ignorancia y la hoguera, *hemos llegado, por fin, a encontrar nuestro camino, hemos atisbado la luz, hemos sabido luchar por un ideal de entendimiento y concordia, siempre frágil, siempre perfectible, siempre titubeante, siempre (ahora mismo) con la*

puerta abierta hacia metas de futuro más amplias que hay que seguir conquistando y consolidando.

Aquí, en nuestro país, en nuestra tierra, como un símbolo preciso de nuestro peculiar modo de ser, siempre ha sido así, siempre, como cantara Luis Rosales, se ha hecho patente la dureza de nuestro paisaje, sediento y desolado, pero que, al mismo tiempo, sueña incansablemente con ríos de agua fresca y cristalina:

“La tierra, ya en los huesos, se hace roca
de alucinado y mártir señorío;
el cielo, muy cercano, es como un río
que refresca el canchal; su voz evoca
una herencia de sed...”

En muchas ocasiones, al contemplar un pueblecito perdido en un vallejo recoleto, al detenernos ante la soledad del campo, que se nos presenta como un mar ondulante de doradas espigas, al mirar el rostro renegrido de un campesino, al escuchar el toque lejano de una campana, el murmullo acariciador de una acequia... hemos creído captar *esa inefable sensación del paso inalterable del Tiempo a través de las personas, cosas y circunstancias de esta nuestra tierra, su permanente contradicción, su clara luminosidad...* Y nos hemos sentido vitalmente ligados a ella, a esta *patria de contrastes, de contraluces*, y han brotado en nuestro interior palabras hondas y sinceras, como la realidad que teníamos delante, a la que intentábamos pulsar en su más íntima armonía, en su alma desnuda y limpia...

“Campos abiertos al cielo,
sol y aire, tierra parda,
donde morirá el trigo:
pan de futura hornada.

En la soledad ardiente
de la claridad quemada,
la torre, espada de piedra,
hiere la frágil mañana.

Un gavilán vuela bajo
sobre la cota quebrada,
duerme el lagarto verde
entre el carrizo y la jara.

Miro con melancolía
que en la lejana cañada
hoy ya no está el pastor...
con su zurrón y su vara.

Aunque en la Mancha no hay mares,
ni ondas en sus entrañas,
hay como rumor de olas
en la tierra castellana”.

Cuántas veces, contemplando la tierra enjuta, rugosa, nervuda, han resonado en nuestro espíritu las palabras azorinianas:

“¡Minutos de serenidad inefable, en que la Historia se conjunta con la radiante Naturaleza! Ante nosotros, átomos en la eternidad, se abren arcanos e insondables los tiempos venideros llenos de luz y universalidad”.

LA ESPAÑA IMAGINADA: EL PAISAJE COMO SÍMBOLO

¿Cuál es, entonces, esa *España soñada*, esa *España imaginada* que entre todos debemos intentar construir? Sueña Unamuno con el advenimiento de una nueva hermosa tierra, en donde todos pudiésemos estar “llenos de fe, esperanza y amor... dejando el viejo suelo que nos osifica el alma... y buscando las islas desiertas y vírgenes todavía, preñadas de porvenir, y castas con la castidad del silencio de la Historia”. Sueña el rector salmantino con la *fusión original y fecunda* entre la peculiaridad más íntima de nuestra casta y la actualidad más viva de la historia universal: *sólo entonces lograremos ser españoles y hombres y mujeres universales...* Hemos de conseguir que Don Quijote vuelva al mundo: “no tendremos vida exterior poderosa y espléndida, y gloriosa, y fuerte, mientras no encendamos en el corazón de nuestro pueblo el fuego de las eternas inquietudes”, manifiesta apasionadamente Don Miguel.

Pero, para abrirnos al mundo entero, para seguir construyendo nuestra historia, antes “debemos saber quiénes somos, quiénes hemos sido”. Y tal vez sea en el *paisaje, diverso, multiforme, espléndido,* de nuestro país, como ya hemos apuntado más arriba, en donde podemos encontrar la *expresión más genuina del alma de España, el símbolo de lo que somos.* Así recrea, por ejemplo, Antonio Machado, con íntima y sincera emoción, la tierra castellana:

“Castilla varonil, adusta tierra,
Castilla del desdén contra la suerte,
Castilla del dolor y de la guerra,
Tierra inmortal, Castilla de la muerte”.

Ojalá que en ese *proyecto común y universal de futuro* que todos los españoles hemos de forjar no se nos olvide esta fecunda y compleja realidad que es España, representada en su paisaje, símbolo real de la riqueza, variedad y belleza de nuestra vieja nación: no se nos olvide *que todas las tierras de España son dignas de admiración y contemplación, porque en cada una de ellas late un pequeño corazón, parte del gran corazón de patria común...* Así canta, por ejemplo, Valle Inclán a su Galicia, sin dejar, por eso, de amar el paisaje de otras tierras españolas:

“El campo verde de una tinta tierna,
los montes, mitos de amatista opaca,
la esfera de cristal como una eterna
voz de estrellas...”

Gran parte de la honda y fuerte originalidad de Valle Inclán consiste precisamente en, siendo profundamente español, haber sabido llevar a su literatura la sensación triste y melancólica, profunda y nostálgica de Galicia, haber sabido captar y expresar “ese algo que vive y no se ve” de su tierra gallega: “cuando llegaron al descampado de la venta, ya todo era oscuridad en torno; brillaban sólo algunas estrellas remotas, y en la soledad del paisaje oíase, bravío y ululante, el mar lejano, como si fuera un lobo hambriento escondido en los pinares”.

Y Unamuno, aunque siempre proclama con orgullo su españolía: “soy español, español de nacimiento, de educación, de cuerpo, de espíritu, de lengua y hasta de profesión”, no por eso olvida a su “Madre Vizcaya: voy desde tus brazos verdes, jugosos, a Castilla enjuta”, conjugando y armonizando perfectamente esos dos amores.

Por su parte, Giner de los Ríos sabe gozar del fascinante, singular, multicolor paisaje de cada región española con sus valles, ríos, llanuras y montañas y al mismo tiempo exclama con vehemencia: “¡el día que España, *toda España*, esté a la altura de su paisaje! ¡Seremos mucho mejores! ¡En el paisaje se crea el enlace fecundo de la Naturaleza y el Espíritu hispanos!” Y su discípulo Cossío hace del *amor a todas las tierras de España*, sin distinciones, uno de los fundamentos de su pedagogía, uno de los motores de su actividad reformadora. Nos dice Xirau, hablando de Cossío, que “su predilección por los paisajes y las gentes de la meseta no le impedía estimar *a todas las tierras de España*, sin distinción de paisajes, de lengua o de espíritu, con idéntico amor sincero”.

Efectivamente, ahí estaba, y ahí está siempre España, siempre fiel y paciente, siempre en espera de su definitiva realización como proyecto de gran nación en donde todos nos veamos reflejados, ahí está nuestra tierra esperando que “despierte la conciencia dormida de un pueblo profundamente culto, de la más alta tradición cultural, pero aletargado y soñoliento”. Ahí está nuestro paisaje, ahí está nuestra tierra, eternamente esperando:

“Arada, volteada, húmeda...
Siempre está ahí la tierra,
Abierta, hendida, sembrada...
Espera la tierra.

Echada, empinada, ocre...
Siempre está la tierra,
Tendida, rojiza, dormida...
Sueña la tierra.

Agrietada, sedienta, seca...
Siempre está ahí la tierra,
Aterronada, grisácea, estéril...
Sufre la tierra.

Preñada, fértil, oscura...
Siempre está ahí la tierra,
Tranquila, olorosa, parda...
Nos quiere la tierra.

Florecida, rebosante, verde...
Siempre está ahí la tierra,
Como abanico de espigas de oro,
Es fiel la tierra.

Silenciosa, adormecida, honda...
Siempre está ahí la tierra,
Escuchando el rumor del viento,
Canta la tierra.

Sin fatiga, secular, vigilante...
Siempre está ahí la tierra,
Acunando surcos y cosechas,
Permanece la tierra.

Extraña, mágica, ensimismada...
Siempre está ahí la tierra,
Llenando nuestra alma de esperanzas,
Eternamente... Nuestra tierra”.

Ojalá que en ese *proyecto sugestivo de futuro* que entre todos los españoles hemos realizar no se nos olvide esta luminosa realidad: nuestro paisaje no es único, monocorde, sino que, como nuestro corazón y nuestro pensamiento, es complejo, abigarrado, diferente, generoso, abierto, multicolor, complementario; en él cabemos todos los españoles y, a través de él, nos abrimos generosamente al universo entero.

En el hermoso libro de Azorín *El paisaje de España visto por los españoles* el escritor alicantino, viajero impenitente, nos cuenta su caminar por las tierras de nuestro país, y canta y describe con verdadera emoción sus paisajes, sus gentes, sus casas, sus formas de ser, de vestir, de hablar: “el paisaje somos nosotros; el paisaje es nuestro espíritu, sus melancolías, sus palideces, sus anhelos...”

Cuando, por ejemplo, Azorín habla de Pío Baroja, dice de él que ha sido el artista que más penetrantemente ha sabido describir el paisaje vasco y castellano... Sus ojos vivos, perspicaces, siempre curiosos, manifiesta Azorín, se han posado sobre los hermosos paisajes de Vasconia y Castilla; tiene el paisaje en Baroja “un fondo de espiritualidad, de añoranza, de perpetuo anhelo, de recuerdos infantiles que a todos nos embargan”. Así, por ejemplo, en *Las inquietudes de Shanti Andía*, escribe el autor vasco: “de noche, el ruido de la lluvia, esa canción del agua, es como un rumor que acompaña, resonando en los tejados y en los cristales; ritmo olvidado vuelto a recordar... Y la lluvia, y el viento, todo me encanta y todo me entristece”. ¡Amor al paisaje, amor a la tierra de los padres, amor a sus antepasados, amor a España!

¿Y el paisaje castellano? Aparece en la pluma de Azorín como “un camino que se extiende, inacabable, ante nuestra mirada... Todo es llano, uniforme, ancho... Sentados en la plaza, en el camino orlado de álamos –cuyas hojas tembletean– hemos sentido este paisaje limpio y diáfano recreado a través de los siglos por los romances, limpios y diáfanos, del pueblo y los poetas: romances en los que se exhala delicadamente una queja, o en los que retoza, con elegancia suprema, una ironía... ¡Castilla! ¡Qué profunda, sincera emoción experimentamos al escribir esta palabra!” Y luego, Azorín recuerda a Galdós, ese pintor magnífico de la historia de España, y evoca las palabras que el genial escritor canario escribiera a propósito de un viaje por las tierras de Valladolid, por la austera y serena Castilla: “entre la Mota y Madrigal, caminando hacia la cuna de doña Isabel, sentí la llanura con impresión hondísima; es la perfecta planimetría sin accidentes, como un mar convertido en piedra”... ¡Castilla, paridora de España!

Y no olvida Azorín a su amigo Clarín cuando en *Doña Berta*, uno de los mejores cuentos del escritor asturiano, nos describe el paisaje, el ambiente, el espíritu de su hermosa tierra: “no llegan a este apartamiento los ruidos y las profanidades del mundo... Nadie ha puesto nunca la osada planta sobre el suelo mullido siempre con tupida hierba fresca, jugosa, oscura, aterciopelada y reluciente, de aquel rincón... empaquetado en verdura espesa de árboles infinitos...”, de aquel rincón verde-esmeralda de la vieja y entrañable España.

Y, luego, Azorín va recorriendo con emocionada simpatía y afecto cada una de las regiones de nuestro país. Evoca a Murcia con nostalgia: “¿Cómo estará ahora aquella lejana tierra murciana? El aire será transparente y cálido; un azul purísimo, como la tersa seda, se extenderá por todo el cielo, habrá en la huerta –como siempre– anchas y pomposas higueras, los azarbes y las acequias bullirán de agua corredora...” Y luego nos habla de su Alicante: “amarillo, azul, blanco era lo que nuestros ojos veían, lo que no dejaban de mirar. ¡Qué transparencia, que maravillosa diafanidad”. Y evocando a Castelar, aquel gran orador español enamorado del paisaje levantino, de su claridad y luminosidad, afirma que él, “que era luz y elegancia en su palabra, amó siempre esta tierra de elegancia y luz”, corazón cálido y deslumbrante de la España multisecular. “Mediterráneo valenciano que no pasará nunca, Mediterráneo –querido Sorolla– que será, en el Arte y en las Letras, eterno”, concluye Azorín.

Blasco Ibáñez, que tan bien conocía su tierra mediterránea, pinta de manera soberbia, en su obra *Entre naranjos*, el panorama de la vega valenciana: “en el inmenso valle, los naranjales, como un oleaje aterciopelado; las cercas y las vallados, de vegetación menos oscura, cortando la tierra carmesí en geométricas formas; los grupos de palmeras, agitando sus surtidores de plumas, como chorros de hojas que quisieran tocar el cielo, cayendo después con lánguido desmayo; villas azules y de color rosa, entre macizos de jardinería; blancas alquerías, casi ocultas tras el verde bullón de un bosquecillo...”.

¡Todo aquel corazón perfumado de azahar y de brisa marina de la España levantina!

También Azorín, el escritor nacido en Monóvar, aquel que describió como nadie los primores de lo cotidiano, de lo sencillo, nos habla de Andalucía, “del silencio, la elegancia, el señorío en el decir y en el obrar de Sevilla, de su profunda espiritualidad creada por una larga tradición de arte, de poesía y de riqueza”. Y nos manifiesta que Córdoba “no tiene el aire sutil de voluptuosidad que se respira en Sevilla, pero hay en ella una nota de severidad, de sobriedad, de ascetismo, que es lo que predomina en la casita blanca con el patizuelo blanco y un ciprés en medio; hay en el Quijote mucho de Córdoba: lo hay en la elegante sobriedad y en el fondo de melancolía que allí se muestran”. Y luego evoca a Granada: “si volviéramos a Granada, volveríamos a ver las nieves blancas en lo alto de la montaña, los mirtos y los rosales, la ancha vega, las umbrosas alamedas, la alberca del Patio de los Arrayanes, los surtidores del Patio de Los Leones, los ajimeces bordados como encajes, el bosque de ligeras columnas, los graciosos y transparentes alicatados, el susurrar del agua en el Generalife...” ¡Cómo suenan las cadencias moras del corazón de España escuchado desde la Torre de la Vela!

Y no olvida Azorín a Cataluña: “Asomaos a las ventanas bellas niñas de Cataluña... Cataluña, para nosotros, más que las fábricas, el rumor de sus espléndidas calles, el tráfago incesante de sus máquinas..., es la alta y silenciosa montaña que, desde la ciudad, se divisa a lo lejos, la montaña que tan maravillosamente han pintado algunos poetas y novelistas catalanes. Todo en ella es silencio y paz. Nada llega aquí del tumulto del mundo”. Y cita a Piferrer, poeta y prosista catalán, que evoca así Montserrat en su libro *Recuerdos y bellezas de España*: “aquél es el monte que cantan las baladas montañesas; aquél con que las madres catalanas entretuvieron a sus hijos en la infancia, y cuyo nombre, apenas pronunciado con labios balbucientes, doró los primeros sueños de nuestra imaginación”. ¡También esa sagrada montaña que habla catalán es parte del paisaje de España! ¡No la olvidemos! ¡No nos olvidéis!

Acaso no haya una descripción tan exacta de un paisaje aragonés como la que hace un poeta andaluz, Gustavo Adolfo Bécquer, cuando desde el monasterio de Veruela, en el término de Tarazona, escribe a sus amigos de Madrid y les pinta un retazo de la dura y hermosa tierra aragonesa: “una senda que sigue el curso del arroyo que cruza el valle serpenteando por entre los cuadros de los trigos, verdes y tirantes como el paño de una mesa de billar, sube dando vueltas a los amontonados pedruscos sobre los que se asienta el pueblo... ¡Pueblos pintorescos que trazan líneas caprichosas en lontananza, chimeneas que arrojan pilares de humo azul, árboles y peñas...”. ¡Paisaje aragonés, piedra secular y rocosa de la fecunda historia de España!

Y, por fin, llega Azorín a Mallorca: “¿Cómo podría faltar en este libro la tierra de Mallorca, breve compendio de todas las tierras de España? Recuerdos y esperanzas... Una noche en el barco; a la mañana, desde la cubierta, bajo el cielo azul, vemos a lo lejos la ciudad. Lentamente se va a cercando la

nave. Sentimos la emoción de que vamos a ver lo que nunca hemos visto y tanto nos han ponderado. ¿Será la realidad como el ensueño?" Y luego Azorín nos cuenta la deslumbrante visión del inmenso mar contemplado desde un enorme acantilado cortado a pico: "después de horas de caminar bordeando montañas, ascendiendo cumbres, tornando a lo hondo de los collados y cañadas, hemos columbrado allá abajo, lejos, el mar. En el crepúsculo vespertino, sus aguas son grana, morado, azul y oro. La vista es maravillosa. Contemplando ahora este mar, de irisaciones tan espléndidas, desde esta promontorio, tenemos la sensación de ir –¿hacia dónde?– en la proa de un barco", de ir, pensamos nosotros, entre resplandores de oro, en busca de un abrazo gigante a todas las tierras de España.

EDUCAR PARA COMPRENDER Y COMPRENDERNOS

Tal vez, la causa de todos los males que ha padecido España radica *en la falta de una buena educación*. Solía repetir Giner que "las reformas oficiales, aquellas que aparecen sólo en el Boletín, serán letra muerta en un país en donde *lo primero que hay que reformar es el hombre*". Y reformarlo interiormente, profundamente. Ésa es la obra urgente de España: "forjar hombres que sepan dirigir con sustantividad y sentido su propia vida".

Giner de los Ríos se lamentaba a veces, con tristeza, de la aridez de los campos, de la despoblación rural, de la fealdad de los pueblos, de la incomodidad de la vivienda, del mal gusto del decorado y el mobiliario, del boato aparatoso de la gente rica, de la incultura, del analfabetismo, de la vanidad, del ergotismo, de la hipocresía religiosa..., males que él veía entonces y que aún, por desgracia (sobre todo, los males morales e intelectuales), permanecen en bastantes sectores de nuestro pueblo. Y Giner podía criticar con esa rotundidad, porque él sí era un "gran español" y ejercía de tal.

Efectivamente, D. Francisco Giner de los Ríos y su discípulo y amigo Manuel B. Cossío, eran dos españoles comprometidos, no casticistas, sino *auténticos maestros universales*, verdaderos sembradores de palabras y de obras; ellos nos indican a nosotros, hombres y mujeres del siglo XXI, el camino que debemos seguir sin desfallecimiento: *luchar denodadamente por sacar a España de la situación de postración ética e intelectual en que aparece aún buena parte de su población*. En tiempos de bazofia y miseria mental y espiritual es preciso nadar sin desfallecer, muchas veces contra corriente, y mantener enhiesta la antorcha de la educación, trabajar con ahínco, investigar, estudiar, construir, cultivar nuestras potencialidades, forjar la voluntad y la sensibilidad, educar nuestros sentimientos, exigir, fortalecer..., pero siempre respetando la sagrada intimidad de las conciencias y la suprema dignidad de las personas.

Si en nuestro país se lee poco, si los programas televisivos que representan la más absoluta negación de valores éticos y estéticos batan todos los niveles de audiencia; si nos falta conciencia de ciudadanos responsables y compro-

metidos; si se valora muy poco la labor de la ciencia, el pensamiento, las bellas artes; si la altanería, la grosería, la falacia, la palabrería vana, el triunfo de los necios, la falta de entusiasmo por el trabajo bien hecho... aún son moneda de cambio frecuente entre nosotros, *algo tendremos que hacer entre todos, para saber qué nos pasa, por dónde debemos caminar, para encontrar lo mejor de nosotros mismos*, como un día nos dijeron, y nos siguen diciendo, Giner y Cossío.

Ellos descubrieron, y nos mostraron, España a los españoles, enseñándonos a ver sus historia, sus paisajes, sus hombres, sus monumentos a través de las excursiones y visitas a los más recoletos rincones patrios. “Ellos descubrieron en interesantísimos estudios”, nos recuerda Lorenzo Luzuriaga en el nº 165 de *Revista de Pedagogía*, “a pintores ignorados como el Greco; ellos, con sus conquista de la Sierra, con su influencia sobre artistas y escritores como Sorolla, Maragall, Machado, Juan Ramón Jiménez, Moreno Villa...”, supieron educar continua y profundamente a los españoles de entonces y a los de ahora.”

¿O es que, acaso, ha habido en los últimos tiempos alguien más español que D. Francisco Giner de los Ríos o el Sr. Cossío? ¿O es que España es sólo la Inquisición y la intolerancia –venidos de fuera–, el fanatismo, la ignorancia y la superstición? “¡Y aún hay gente”, sigue diciendo Luzuriaga, “que los ha considerado como *poco españoles*, a ellos, los más archiespañoles de todos, a ellos, los sucesores directos de Séneca, Quintiliano y Vives, con su rigor ético, su apasionamiento, su afán de saber y su sensibilidad para todo lo hispánico!”

Pues a contribuir al afianzamiento de lo que se ha llamado por algunos “Tercera España”, aquella que debe superar armónicamente, por un lado, a los fanáticos montaraces, inmovilistas, reaccionarios, casposos y rancios defensores de todos los tópicos trasnochados, y por otro, a los pseudo-progresistas de la nada, eruditos “a la violeta”, críticos baratos de nuestra cultura más auténtica y genuina, bobalicones e incompetentes imitadores de lo que venga de fuera..., a eliminar, digo, esa *tremenda dicotomía* debemos contribuir todos los que tenemos la sagrada vocación de educar: *dicotomía* que, por otra parte, es, en el fondo, *irreal*, porque, como hemos dicho más arriba, el meollo, el tuétano del pueblo español, está profundamente sano y encierra en sus entrañas, inmarcesible, la raíz de la esperanza de que, por fin, un día no muy lejano, se produzca en su seno la *síntesis armónica* de una *nación fecunda*, con toda la variedad de sus tierras y pueblos perfectamente hermanos y solidarios.

Como escribe bellamente Joaquín Xirau, “en España, sobre un fondo telúrico de cultura exquisita, que se transmite por tradición popular y familiar, hay una tenue capa de barbarie depositada por unos pocos siglos de retraso. Sólo es preciso romper la costra superficial para hallar las aguas profundas de una antiquísima y refinada civilización”. A ese esfuerzo educativo nos incita Pío Baroja: “con la *voluntad de acción*, todo lo conseguiremos los españoles; la vida

es lucha inacabable, aventura; hay que esforzarse; mientras no tengamos más ideal que el de una pobre tranquilidad burguesa, seremos insignificantes, mezquinos... Debemos lograr un notable desarrollo en la ciencia y en la técnica, ya que la ciencia es lo más inmediato en un país que quiere ser algo en el mundo..., pero también debemos diferenciarnos de los demás países en lo artístico y en lo moral, y seguir aquella línea creadora que desde Berceo llega a Goya, pasando por Cervantes, el Greco, Gracián..."

Si definitivamente queremos lograr la *redención de España*, se debe producir, nos sigue diciendo don Pío, "la fructificación y el desarrollo de todos sus elementos étnicos, culturales, paisajísticos, dentro del marco común de nuestra historia, que se mezcla con la historia universal de todos los pueblos: esta situación, al fin, llegará un día".

Estamos de acuerdo con la visión que Julián Marías tiene de nuestra nación: "España es absolutamente formidable tanto por sus posibilidades como por su trayectoria. La idea de que España es conflictiva e irracional me parece completamente falsa. El nuestro es uno de los países más coherentes, más inteligibles y menos violentos de Europa. Creo que tenemos una gran vitalidad interna".

Tendremos futuro, si sabemos con-vivir, si sabemos superar los particularismos, si sabemos ser generosos e inteligentes: "Hay algunas regiones", nos dice el ilustre autor de *La España Real*, "fracciones considerables, fuertes grupos políticos aquejados de fuerte insolidaridad. No les interesa nada España en su conjunto; no tienen ojos más que para los temas particulares de su región; tienen desdén por la nación, unido a un narcisismo ilimitado (...) Pero no es esto lo que más me inquieta, sino la voluntad clara de *desarticular* la estructura nacional del Estado: esto sí que es verdaderamente grave".

Nos parece razonable que el "Colectivo de intelectuales y profesores" que firman bajo el seudónimo de *Gracian* (*ABC*, 4-10-06) se haya pronunciado en estos términos sobre la cuestión que estamos abordando: "la posible desintegración de esa comunidad llamada España sería una gran pérdida para todos los españoles, incluso para los que reniegan de serlo; *hemos recibido un gran patrimonio de nuestros antepasados a modo de herencia que no debemos dilapidar*. Su variedad de lenguas, de culturas, su historia común, su arte, sus paisajes, sus costumbres, sus problemas, sus éxitos, sus fracasos... es un rico patrimonio que nos pertenece no sólo a los que hoy vivimos y disfrutamos de él, sino que es el acervo común de las generaciones pasadas, presentes y futuras".

Como ya dejó claro Aristóteles en su *Política*, "toda comunidad política implica *amistad*", pues los hombres y mujeres difícilmente quieren andar el camino de la vida si no van acompañados de amigos iguales, de compañeros de viaje solidarios, por lo que, cuando en un país unas partes privilegiadas dominan, menosprecian, olvidan a otras menos favorecidas o atendidas, entonces no se produce una verdadera comunidad política, sino envidias, enemistades, odios entre las diversas partes del gran cuerpo nacional. "Amor

a España, diría hoy Aristóteles, es amor al País Vasco, a Cataluña, a Galicia, a Andalucía, a Madrid, a todas las demás Comunidades que la integran: sin este amor”, asegura el colectivo *Gracián*, “España no puede sobrevivir... España necesita estabilidad, un proyecto coherente para su vida futura... Los conflictos y traumas artificiales son irracionales, peligrosos, y nos llevan a perder energías inútilmente”.

Un “horizonte de convivencia” no se fundamenta en la confrontación permanente entre las diversas tierras de un país, sino en lo que “orteguianamente” podíamos llamar “altura de miras”, esfuerzo colectivo, sacrificio común, generosidad compartida para ser capaces todos de mirar más allá de nuestros propios y particulares intereses, para ser capaces de conocer y amar las pequeñas historias de cada región o autonomía y, a la vez, conocer y amar la gran historia de esa secular nación llamada España dentro de la historia de la Humanidad: *sólo así podemos construir entre todos un gran proyecto comunitario sugestivo*.

Hemos de tener fe en lo que somos y en lo que queremos ser, porque, aunque, como ya señalaba Baltasar Gracián (en este caso se trata del agudo escritor aragonés del siglo XVII) en su *Criticón*, los españoles tenemos muchas “sombras” y “desde el más noble al más villano, solemos ser altivos, valientes pero soberbios, un poco tardos, y abrazamos todo lo extranjero sin saber valorar lo propio de nuestro país, y queremos mandarlo todo y servir a nadie, y nos gusta lucirnos, campear, alabarnos con presunción, alardear, hablar mucho, alto y hueco...” sin embargo, *también, en nuestro modo de ser y actuar, encontramos muchas luces que nos levantan el ánimo y nos impulsan hacia adelante: “el español es hombre vertical, hombre de esencias”, proclama el doctor Juan José López Ibor en su obra El español y su complejo de inferioridad*. Mantiene siempre una posición erecta, dura, difícil ante la vida, raíz de heroísmos y madre de las desgracias.

Efectivamente, toda la historia de España es agreste, angulosa, diversa y hermosa, como nuestro paisaje, como si estuviera hecha de tirones bruscos de glorias y decadencias, pero siempre, a pesar de todo, *el español se ha mantenido vertical*, con la cabeza erguida, como un mástil inasequible a todos los vendavales y a todas las seducciones, por lo que, con toda seguridad, debemos tener esperanza.

Ojalá que encontrásemos pronto, entre todos, la honda vena de cristalinas aguas que hagan definitivamente de España *un país extraordinario*. Aguas que de Séneca a Laín Entralgo, pasando por R. Llull, Juan de Valdés, Teresa de Jesús, Cervantes, Quevedo, Jovellanos, Larra, Costa, Giner, Cossío, Ortega..., por citar sólo algunos hitos de esta largo y fructífero río de la historia, han refrescado y vitalizado continuamente la racionalidad y la tolerancia, el pensamiento y la vida, el respeto a los demás pueblos y la preocupación por “lo nuestro”, la mirada hacia lo universal-cosmopolita y el amor a lo patrio, a lo español, *sabiéndolo compaginar y armonizar en un todo integrador* de forma inteligente e imaginativa. Ojalá que estas corrientes vivificadoras lleguen hoy,

aún fértiles, hasta nosotros, españoles del siglo XXI, para ahondarlas y multiplicarlas, para que desde nuestras diferencias y peculiaridades, pero, también, desde nuestro ancestral hermanamiento y desde nuestro proyecto generoso de vida en común, adaptándolas a nuestras especiales circunstancias, *sepamos remansarlas y purificarlas*, para lograr, en fin, saber *quiénes somos*, y descifrar, definitivamente, *cuál es nuestro papel como pueblo en el abigarrado concierto de la Historia*, instalados ya como estamos en el pórtico inquietante y sugestivo de un Nuevo Milenio.

Porque cuando profundizamos en el *pasado* de lo que hemos sido, nos dice José Luis Abellán, “no es para quedarnos anclados en él, sino como el único medio de tomar conciencia de nosotros mismos como pueblo y enfrentarnos al *futuro* con el sentido creador que provoca el conocimiento de la propia personalidad”. Porque *la realidad* (lo decía Azorín) *no importa*; lo que importa es *nuestro ensueño*, “el don preclaro de evocar los sueños” (A. Machado), porque, aunque el *pensamiento* nos conduce por las sendas de la *racionalidad*, son los *sueños* los que insuflan en nuestro ánimo la fuerza suficiente para elevar *nuestra vida* a las más altas cotas de *conciencia ética y estética*, de *perfeccionamiento moral*, que, en definitiva, es el objetivo más noble y digno de la *inteligencia ética, integral, emocional, ultramoderna, de nuestros días*, ideal filosófico en donde deben conciliarse armónicamente los valores de Verdad, Bondad y Belleza, como soñaran en Grecia Sócrates y Platón.

Se trata, pues, de realizar *un esfuerzo quiijotesco*, descomunal, generoso, comunitario, para intentar saber *quiénes hemos sido, quiénes somos, y qué queremos ser*, precisamente en unos momentos en que ciertos grupos radicalizados, autistas, egoístas, ignorantes de lo que no sea “su propio ombligo” pretenden inventar o enmascarar nuestra común gran historia, emborronando, o sencillamente eliminando, las páginas que, a través de los siglos, hemos escrito *entre todos*, y tratando de dinamitar los proyectos que *entre todos* estamos dispuestos a llevar adelante.

En los inicios de un nuevo y desafiante siglo, en medio de tantas incertidumbres y esperanzas, *es preciso que los españoles saquemos a la luz lo mejor de nosotros mismos*, unamos nuestras fuerzas y talentos para ver si, por fin, conseguimos la *definitiva regeneración social, política, moral e intelectual de nuestra nación*.

Es urgente que, como españoles, como europeos de pleno derecho, como habitantes del mundo entero, arranquemos de nuestro carácter nacional, de nuestra idiosincrasia de siglos, de nuestra conciencia ancestral, como ya escribiera Ortega en sus *Meditaciones del Quijote*, “el odio a lo selecto, a lo excelente; la envidia y la pobreza de espíritu”; y para eso, hemos de luchar sin pausa por “rescatar el sepulcro de D. Quijote” de manos de bachilleres, pedantes y leguleyos; hemos de sembrar en nuestros jóvenes y adolescentes, en los ciudadanos de cualquier edad y condición, *el amor al saber y a la concordia, el espíritu aventurero en la conquista del Bien y de la Justicia*.

Existe en toda la obra orteguiana un permanente deseo de *armonía integradora e integral* para conseguir la formación y forja de nuestro pueblo, muy acorde, como hemos dicho, con los planteamientos educativos actuales: desarrollo armónico de la inteligencia y el sentimiento, la razón y la vida, la abstracción y la intuición, la ciencia y la técnica, la filosofía y el arte, la geometría y el baile... *Todo se complementa, todo es importante, todo es respetable, todo nos debe interesar, todo nos forja como personas, como ciudadanos*. Hay que llegar a tener “mirada de alción calma y sosegada” para contemplar la *realidad española* en toda su extensión y complejidad, en toda su riqueza y diversidad, en todos sus latidos y paisajes: Todo forma parte de la inigualable riqueza de nuestro país. Si “ser español”, escribía el maestro madrileño, “significa una altísima promesa que sólo en casos altísima rareza ha sido cumplida”, no podemos perder tiempo. Hay que ponerse manos a la obra. La empresa debemos culminarla entre todos. Aquí, en España, dice el autor de *España invertibrada*, “todo lo ha hecho siempre el pueblo, y si el pueblo no lo ha hecho, se ha quedado sin hacer, por lo que todos nosotros deberíamos ponernos a forjar un nuevo tipo de hombre español, llevar a cabo una labor más profunda que produzca el afinamiento de la raza”.

Pues bien, a iluminar un poco el panorama de nuestro pueblo, a sembrar alguna idea o reflexión sobre nuestro ser y nuestra conciencia nacional que pudiera ayudar a ese “afinamiento espiritual de la raza”, a volar en la buena tierra de la sensibilidad alguna semilla que pudiera germinar en la mente y el corazón de quienes lean estas páginas, aspira modestamente este artículo que ahora, amigo lector, tienes ante tus ojos. A ver si, entre todos, rescatamos y enterramos en el fondo de nuestra alma la luz de la Estrella que brilla permanentemente sobre el sepulcro de Don Quijote. Ella, estamos seguros, alumbrará el verdadero camino de nuestro pueblo, nos marcará la senda hacia un luminoso puerto de plenitud nacional, de generoso abrazo.

BIBLIOGRAFÍA

- ABELLÁN, José Luis, *Historia Crítica del Pensamiento Español*, Madrid, Espasa Calpe, 1988.
- *Los españoles vistos por sí mismos*, Madrid, Turner, 1986.
- ALVAR, Manuel, *España*, Madrid, Círculo de Lectores, 1991.
- AZORÍN, *La Voluntad*, Madrid, Clásicos Castalia, 1989.
- *Los Pueblos*, Buenos Aires, Losada, 1944.
- *El paisaje de los españoles visto por los españoles*, Madrid, Espasa Calpe, 1975.
- *Las confesiones de un pequeño filósofo*, Madrid, Espasa Calpe, 1970.
- BAROJA, Pío, *Camino de perfección*, Madrid, Caro Raggio, 1993.
- *Las tragedias grotescas*, Madrid, Espasa Calpe, 1963.
- LAÍN ENTRALGO, Pedro, *A qué llamamos España*, Madrid, Círculo de Lectores, 1992.
- GINER DE LOS RÍOS, Francisco, *Ensayos*, Madrid, Alianza, 1969.

- MACHADO, Antonio, *Poesías Completas*, Barcelona, Orbis-Fabri, 1964.
- MAEZTU, Ramiro de, *Hacia otra España*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997.
- MARÍAS, Julián, *Los Españoles*, Madrid, Revista de Occidente, 1971.
— *La España real*, Madrid, Espasa Calpe, 1988.
- ORTEGA Y GASSET, José, *Meditaciones del Quijote*, Madrid, Espasa Calpe, 1964.
— *España invertebrada*, Madrid, Espasa Calpe, 1979.
- ROZALÉN MEDINA, José Luis, *Los fundamentos filosóficos de la Institución Libre de Enseñanza (El armonismo integrador de Giner y Cossío)*, Tesis Doctoral, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1990.
— “Giner y Cossío: Evocación obligada en el 98”, en *Estudios Filosóficos XLVII*, n° 135 (1998) 299-321.
- UNAMUNO, M., *El porvenir de España y los españoles*, Madrid, Espasa Calpe, 1977.
- VALLE INCLÁN, Ramón María del, *Viva mi dueño*, Madrid, Espasa Calpe, 1976.
— *Luces de Bohemia*, Madrid, Espasa Calpe, 1970.
- XIRAU, Joaquín, *Manuel B. Cossío y la educación en España*, Méjico, El Colegio de Méjico, 1945.